

1

Leonardo, el leñador del hacha inofensiva

Leonardo era un caso único en el mundo. No había otro leñador como él.

Pasaba muchos apuros para vivir de su oficio porque era incapaz de hacer daño a un solo árbol con su hacha.

Salía cada mañana muy temprano de su choza. Estaba todo el día caminando por el bosque sin apenas pararse a descansar. Y cuando volvía al anochecer sus manos solían estar casi vacías.

Amaba mucho a los árboles. Le daban lástima y se compadecía de todos. Nunca se atre-

vía a cortarlos, ni aunque necesitase madera con urgencia.

Si eran jóvenes y tiernos, se decía:

«Ni pensar en acabar con ellos. Aún tienen que crecer mucho hacia el cielo y sacar docenas de ramas nuevas que serán como sus brazos».

Si era un árbol grande, frondoso y lleno de vigor, pensaba:

«¿Cómo voy a echarlo abajo ahora, cómo podría yo acabar con tanta vida? Ha necesitado muchos años para hacerse. Es una obra inmensa, una gloria del bosque. ¿Quién soy yo para terminar con él en unas horas?».

Y si el árbol estaba en sus últimos años, viejo y frágil, escaso de hojas, con las ramas y raíces retorcidas y nudosas, Leonardo se apiadaba aún más:

«¿Qué derecho tengo a poner fin a quien ha resistido sequías, vendavales, heladas, plagas, tormentas, inundaciones, enfermedades...? ¿Voy a ser yo peor que las causas naturales? Nunca. El tiempo de vida que aún le queda a este viejo árbol es sagrado. Es un ser intocable, un hijo del Tiempo, un gran señor del bosque».

Leonardo era el único leñador del mundo incapaz de abatir un árbol vivo.

Solo hacía leña con ramas que encontraba caídas, o de algún árbol que se hubiese secado, o hubiera sido arrancado por el vendaval, o alcanzado por el rayo, o muerto a causa del fuego o de alguna plaga o enfermedad.

Por eso tenía que caminar mucho por el bosque todos los días. No le era fácil encontrar lo que buscaba. A menudo volvía a su choza con un haz de ramas y raíces, que era casi lo mismo que regresar sin nada, como tantas veces le ocurría.